C. Puedo citar aún un hecho personal que me impresionó mucho cuando ocurrió, pero como esta vez se trata de un perro, acaso hago mal abusando de su tiempo de usted.

Era yo entonces soltera y tenía con frecuencia sueños de una lucidez sorprendente. Teníamos una perra de una inteligencia poco común, que me era particulamente adicta, aunque yo la acariciaba poco á menudo. Una noche soñé que se moría y que me miraba con ojos humanos. Cuando me desperté, dije á mi hermana : « La Leona ha muerto ; lo he soñado y es cierto. » Mi hermana se echó á reir y no lo creyó. Llamamos entonces á la criada y le dijimos que llamase á la perra. Se la llamó y no vino. La buscamos por todas partes y la encontramos, por fin, muerta en un rincón. Es de advertir que el día antes la perra estaba buena y que mi sueño no fué provocado por nada.

M. R. Lacassagne,

Castres.

XVI. — En 1862 era yo estudiante de medicina en París. Una mañana, mi portero, que me llevaba á la cama el desayuno para despertarme á la hora de ir al hospital, me encontró bañado en lágrimas. Me preguntó qué me pasaba y le respondí : « Acabo de tener una pesadilla horrible. Mi tío, que me ha educado, pues perdí á mis padres muy joven, y á quien amo tiernamente, se estaba muriendo cuando usted me ha despertado y estoy seguro de que el primer correo que llegue de la Habana, mi país, me traerá la noticia de su muerte. »

Esto fué lo que sucedió. No puedo asegurar ahora que fuese al mismo tiempo que mi sueño, pero la coincidencia del día fué exacta.

Ruego á usted que no publique mi nombre. En cuanto al hecho, puede publicarlo si lo merece.

Doctor F. de M.,

En L....

XVII. — Un hermano mío estuvo empleado desde 1870 hasta 1874 en el arsenal de Fou-Tcheou, en China, en calidad de mecánico. Un amigo suyo, también mecánico y del mismo pueblo que él (Brest), que trabajaba también en el arsenal de Fou-Tcheou, fué una mañana á ver á mi hermano y le contó lo siguiente :

« Querido amigo, estoy aterrado porque he soñado esta noche que mi pobre hijo *había muerto del garrotillo, en un edredón rojo.* » Mi hermano se burló de su credulidad, le dijo que aquello había sido una pesadilla y para que se le borrara la mala impresión le convidó á almorzar. Pero nada pudo distraerle ; para él su hijo había muerto.

La primera carta que recibió de Francia, que fué de su mujer, le anunciaba la muerte del niño, á causa del garrotillo y, coincidencia extraña, *en un edredón rojo*, la misma noche del sueño.

Cuando recibió aquella carta fué llorando á enseñársela á mi hermano, que es el que me ha contado el hecho.

H. V.

Brest.

XVIII. — Una prima mía vivía en Nyon (Suiza), y su madre en Clairveaux, en el Jura. Era un invierno muy riguroso y todas las comunicaciones estaban impracticables á causa de las nieves. Mi tía estaba enferma hacía mucho tiempo, pero su hija no sabía que lo estuviera más que de costumbre, cuando una noche soñó que la veía muerta. Se despertó espantada y dijo á su marido : « Mi madre ha muerto ; acabo de verla. » Mi prima hubiera querido irse en seguida á Clairveaux, pero la disuadieron de ello haciéndole ver los peligros y la imprudencia de emprender un viaje por la nieve, sin más motivo que un presentimiento. Los correos no funcionaban y no se recibían cartas.

No sé si en la misma tarde ó el día siguiente, mi prima vió entrar en el parque un hombre á caballo y exclamó : « Vienen á anunciarme la muerte de mi madre. » Y en

efecto, no habiendo otro medio de comunicación, habían enviado un jinete para decir que la madre de mi prima había muerto la noche anterior, en el momento en que su hija lo había soñado.

Mi prima existe todavía y puede dar detalles más precisos si usted los desea.

G. Belbenat,
Lons-le-Saunier (Jura).

XIX. — He aquí un hecho observado por un amigo mío á quien hice saber los estudios que usted lleva á cabo. Es un antiguo contratista de ferrocarriles en Francia y en el extranjero, actualmente retirado de los negocios en Saint-Pierre-les-Nemours. Su seriedad y su buena fe no pueden ser puestas en duda.

Véase el hecho, tal como me le contó:

« Había yo ido á ver á un granjero amigo mío, que estaba muy enfermo, y en la puerta de la granja encontré á su suegra, que me dijo que su yerno había recibido muchas visitas y estaba fatigado, pero me invitó á entrar á verle un momento, añadiendo que eso le complacería. Entonces rogué á aquella señora que saludase al enfermo en mi nombre y le anunciase mi visita para el día siguiente.

«Aquella madrugada, á eso de las siete, estaba yo dormitando y dispuesto á levantarme cuando se apoderó de mí una pesadilla que me hizo ver al enfermo del tamaño de un niño y como hundido en un agujero en la cuneta del camino, á pocos pasos de la granja. Yo hacía todos los esfuerzos posibles para sacarle de allí y no podía lograrlo.

« Al cabo de unos instantes, salté de la cama, para disipar la pesadilla, y en la misma mañana supe la muerte del granjero, ocurrida á la misma hora en que yo tuve la visión. »

La distancia entre Saint-Pierre-les-Nemours y la granja es de unas dos leguas.

Esto ocurrió hará diez años.

J. Boireau,
Farmacéutico, Nemours (Seine-et-Marne).

XX. — El hermano de mi abuelo, M. Henri Horst, que era profesor de música en Estrasburgo, vió una noche en sueños salir cinco ataúdes de su casa. Aquella misma noche ocurrió en la casa una fuga de gas y murieron asfixiadas cinco personas.

Se cuentan en familia varios casos de apariciones telepáticas. Me informaré de ellos exactamente y se los comunicaré á usted en cuanto los sepa.

Georges Horet,
Alumno del Liceo de Bouxwiller (Basse-Alsace).

XXI. — Nunca me ha ocurrido lo que usted expresa en sus preguntas, pero en sueños, por el contrario, he tenido algunas advertencias. Entre otras, la noche del asesinato de M. Carnot le vi muerto en sueños. El día antes me acosté temprano y como no vivía en el mismo Lyon, sino en la Croix-Rousse, no sabía nada de lo ocurrido en aquella memorable noche. Por la mañana cuando entró la criada en mi cuarto, le dije en seguida : « Acabo de soñar que M. Carnot había muerto. » La criada respondió que bien podía ser. « No, repliqué; hay que reirse de mi sueño, puesto que á las diez va á pasar delante de mis ventanas. »

Debía, en efecto, pasar por mi calle.

Diez minutos después, la criada volvió á entrar y me dijo muy impresionada : « El sueño de la señorita se ha realizado. El lechero acaba de decirme que M. Carnot ha sido asesinado anoche ». Á pesar de mi sueño, me costó mucho trabajo creerlo en el primer momento.

A. M.,
Lyon.

XXII. — He aquí un hecho personal.

En la noche del 13 al 15 de junio de 1887, soñé que mi madre había muerto. Al llegar á la fonda donde comía al día siguiente, estaba contando á un colega mi sueño cuando recibí un telegrama anunciándome la desgracia presentida.

Este es el hecho del que conservo un recuerdo preciso.

A. Carayon,
Director de la Escuela de la Croix-de-Fer (Nimes).

XXIII. — Estando el padre de mi marido lejos de la casa en que había dejado á su mujer enferma, fué despertado una noche por su voz, que le llamó tres veces distintamente por su nombre : ¡ Pedro ! ¡ Pedro ! ¡ Pedro!

Creyendo haber soñado, se volvió á dormir. Dos días después recibió la noticia de que su mujer había muerto aquella misma noche.

MARIE PAUVREL,
Vedrôd.

XXIV. — En la noche del 1° al 2 de enero de 1898, vi en sueños á mi madre, que había muerto hacía dos años y medio. Mi madre se acercó gravemente á mi cama, me besó en la frente y salió sin decir nada. Por la mañana recibí una carta anunciándome *la muerte repentina de mi hermana* á las 10 de la noche del 1° de enero. Como no me desperté, no pude saber si la hora de la muerte había coincidido con la de mi sueño.

M. BAZOUS.
Maestro de Trelons (Haute-Garonne).

XXV. — Mme. V... vivía en Ginebra y tenía un hermano dentista en el cantón de Vaud. Este hermano murió de repente y en la noche de su muerte Mme V... vió en sueños el nombre de su hermano escrito en la pared, con la fecha de su nacimiento ó de su muerte, pues eso no lo recuerda bien. Al despertarse temió una desgracia que pronto le fué confirmada.

JEANNE BLANC,
Le Cannet (Alpes-Maritimes).

XXVI. — Estaba yo en el convento y una noche fuimos despertadas por los gritos y lamentos de una de las niñas. La monja de guardia se acercó á su cama y la niña le dijo que su abuela se estaba muriendo, que la llamaba y que quería ir á verla en seguida.

Se trató de calmarla, nos hicieron rezar, la monja rezó el

XLVII. — Estando una noche dormido en mi casa, vi á mi hermano, que estaba en Argel, en el momento de agonizar.

La impresión que experimenté fué tan viva, que me desperté de repente. Serían, próximamente, las cuatro de la mañana.

Mi hermano estaba enfermo hacía unos dos años, pero no di importancia á ese sueño, pues me había dado buenas noticias de su salud pocos días antes.

Por la mañana recibí un telegrama anunciándome que mi hermano había muerto á las seis de la madrugada.

Nunca he hablado á nadie de este hecho que atribuí á la casualidad, y no le hubiera contado si no se tratase del testimonio científico que usted desea.

LEHEMBRE,
Intérprete del tribunal, Sousse (Túnez).

XLVIII. — Durante la guerra de 1870-71, mi prometido era soldado en el ejército del Rhin, si no me engaño, y hacía muchos días que no se recibían noticias suyas. En la noche del 23 de agosto de 1870 tuve un sueño que me disgustó, aunque no le atribuí gran importancia. Me encontré en una sala de hospital en la que había una mesa y sobre ella mi prometido, echado. Su brazo derecho estaba desnudo y *se veía en él, y cerca del hombro, una grave herida*. Dos médicos, una hermana de la caridad y yo estábamos á su lado. De repente me miró con sus grandes ojazos y me dijo : « ¿Me amas? »

Unos días después supe por su madre que había sido *herido mortalmente en el hombro derecho*, el 18 de agosto, cerca de Gravelotte, y que había muerto el 23 del mismo mes. La hermana de la caridad que le curó fué la primera que nos anunció su muerte.

La imagen vista en sueños está todavía presente en mi espíritu como si fuera de ayer.

SUZANNE KUBLER,
Institutriz. Heidelberg.

XLIX. — En la noche del 30 al 31 de julio de 1897, soñé que atravesaba la plaza de los Quinconces, en la que unos obreros carpinteros estaban trabajando. Uno de ellos me cogió la mano izquierda y me aserró el dedo meñique. Mi sangre corrió en abundancia y pedí socorro.

En este momento me desperté en un estado imposible de describir, me levanté, y mi mujer, asombrada, me preguntó qué me sucedía. Eran las tres.

Unos instantes después me volví á acostar y soñé que veía un navío atravesando un canal y que una embarcación se destacaba de él y ganaba la orilla. Unos hombres desembarcaron, hicieron en tierra una fosa, metieron en ella un bulto y después de haberlo cubierto, se retiraron.

Cuando llegué á la oficina conté mis sueños á los compañeros y uno de ellos me dijo que el soñar con sangre era presagio de desgracias en la familia.

Entonces mi hijo mayor, que era soldado en el 11°. regimiento de marina, en Saigón, cayó enfermo y estaba de viaje para Francia.

El 11 de agosto supe por el comisario de policía del barrio la muerte de mi hijo, ocurrida en el canal de Suez el 31 de julio. Poco después recibí la partida de defunción. Mi hijo había sido enterrado en Port-Saïd.

R. Dubos,

Empleado de aduanas, Burdeos.

L. — Siendo estudiante de medicina y á punto de terminar mi carrera, fuí á pasar con mi familia las pascuas de 1895. Un día, que no puedo determinar, nos acostamos como de costumbre. La cena había sido alegre y mis padres estaban en perfecta salud. Á las dos de la mañana tuve un sueño penoso : mi padre había muerto y yo lloraba á lágrima viva al acompañarle al cementerio. La pesadilla acabó por despertarme y observé que mi almohada estaba llena de lágrimas. No creyendo en los sueños y poco iniciado aún en las cuestiones telepáticas, me volví á dormir pacíficamente.

A las siete de la mañana estaba aún dormido, cuando entró mi madre á decirme que fuese en seguida á ver á mi padre, porque estaba paralítico. Corrí á su cuarto y vi que, en efecto, no podía mover el brazo ni la pierna del lado izquierdo.

Como los casos de parálisis se producen con frecuencia durante el sueño de los enfermos, que se despiertan hemipléjicos, sospecho que la hemorragia cerebral de mi padre se efectuó á las dos de la madrugada, en el momento de mi pesadilla.

Mi padre vive todavía, pero imposibilitado.

¿Se trata de un caso de telepatía ? Es posible. En todo caso se lo digo á usted por lo que valga.

Dr. Durand.

Saint-Pourçain (Allier).

LI. — A. Hará unos quince años. Mme T. C... dió á unas señoritas un *garden-party*, en su quinta de Dourbali Deré, en la orilla asiática del mar de Mármara, y, entre otras cosas, se sirvieron emparedados de jamón.

Cinco ó seis años después, una de las invitadas á la que apenas conocía y de la que no había vuelto á oir hablar, se le apareció en sueños, y le rogó que le diera un poco de aquel jamón que se había servido en su *garden-party*.

Mme. T. C... contó este sueño á su marido y éste le concedió la escasa atención que se atribuye de ordinario á los sueños. Pero cuál fué el asombro de Mr. T. C... cuando al llegar á su oficina se encontró al padre de la joven que su mujer había visto en sueños, y le dijo que su hija, gravemente enferma del pecho, le enviaba á pedir un poco de aquel excelente jamón que probó en el *garden-party*, hacía algunos años.

M. C... complació á la joven y al volver á su casa contó á su mujer lo que había pasado.

Unos días después, Mme T. C... volvió á ver en sueños á la misma joven, que esta vez le pidió flores de su jardín. Al despertar, la señora contó á su marido lo que había

soñado y añadió : « Estoy segura de que esa señorita ha muerto. » En el mismo día se recibió la esquela mortuoria. *La joven había muerto aquella noche.*

B. Mme T. C... partió para Egipto, á consecuencia de una sentencia recaída en un pleito de separación. Su hija, de 14 años, se quedó en un colegio de monjas, de esta ciudad. El 18 de marzo de 1880, Mme T. C... estaba sentada en su balcón, en Alejandría, á la caída de la tarde y en el momento en que empieza á anochecer. De repente oyó como el roce de un vestido de seda detrás de ella. Se volvió y vió el fantasma de una joven vestida de blanco, parecida á su hija, que atravesó la habitación y desapareció.

Unos días después un amigo fué á visitar á Mme T. C... para darle noticias de Constantinopla, y apenas había pronunciado el nombre de la hija, cuando Mme. T. C... le interrumpió diciendo : « Mi hija ha muerto; lo sé. Ha muerto el 18 de marzo, á las cinco de la tarde ». La carta daba la fecha y la hora del fallecimiento y *eran precisamente las de la aparición.*

APOURONI,
Constantinopla.

LIII. — A. En la noche del 23 de marzo de 1884 soñé que mi amiga estaba jugando al ajedrez en mi casa, con el doctor D..., y vi que tenía en la cara un velo negro muy tupido. « ¿Por qué estás tan tapada? » le dije. « Porque estoy muerta; mira, » me respondió. Se levantó el velo y vi una calavera sin dientes y sin ojos.

Estaba horrible. Esa amiga, de 49 años, estaba en mi casa hacía ocho días, en plena salud, y había ido á París para sacar á su hijo del colegio con motivo de las vacaciones de Pascuas y traerle con ella á mi casa, donde su habitación estaba preparada.

La mañana que siguió á mi espantoso sueño, estaba yo contándoselo muy emocionada al doctor, cuando el cartero me entregó un telegrama concebido en estos términos :

« Venga usted en seguida. María ha muerto esta noche ». Así era, en efecto, la verdad.

MME H. D.,
Rue du Couëdic, París.

LIV. — Una mañana á las nueve, mi marido salió para ir á sus negocios y yo me volví á dormir durante unos minutos. En aquel pequeño espacio de tiempo tuve un sueño que me impresionó mucho. Soñé que había salido con mi marido y que éste se separó de mí un momento para ir á hablar con alguien en un pasaje. Yo me quedé fuera esperándole y á los pocos instantes le vi salir muy pálido y con la mano izquierda apoyada en el corazón. Le pregunté ansiosamente qué tenía y me respondió : « No te asustes, no es nada. Al salir del pasaje me han tirado un tiro de revólver, por accidente sin duda, y tengo una ligera herida en la mano. »

Me desperté sobresaltada y mientras me vestía conté mi sueño á la doncella. De repente sonó un campanillazo y mi marido entró, tan pálido como le había visto en sueños y con la mano izquierda vendada. « No te alarmes, me dijo, no es nada. Al ir á la oficina con un amigo, me han tirado un tiro de revólver y la bala me ha hecho una ligera herida en la muñeca ». ¿Se trata de un caso de telepatía ?

MME KRANSKOFT,
Constantinopla.

LVI. — En 1866, estaba yo en un colegio situado en una pequeña localidad de la Selva-Negra. Una mañana, en el momento en que el profesor iba á empezar la lección, se presentó un alumno y le preguntó si había recibido noticias de su hermano, también profesor del mismo colegio y que estaba con licencia en Suiza.

El profesor contestó que no tenía noticia alguna y entonces el alumno contó en alta voz que había soñado la noche anterior que veía al ausente *tendido en el suelo con un agujero negro en la frente.*

Para disipar la emoción que todos sentimos al oir aquel relato, el profesor se apresuró á empezar la clase y no se habló ya del sueño en todo el día.

Uno ó dos días después, pues esto no lo recuerdo exactamente, el profesor recibió una carta diciéndole que su hermano había muerto á consecuencia de un accidente de caza. Al saltar un foso, se le disparó la escopeta y recibió toda la carga en la cabeza.

A. H.,
Ginebra.

LVII. — Mi madre vivía en Lille y tenía en Alsacia un tío al que quería mucho. Ese señor tenía los dedos muy finos y muy largos. Una noche, mi madre vió en sueños que aquella larga mano se paseaba lentamente por encima de su cabeza, como si buscase algo. El día siguiente, recibió la noticia de la muerte de su tío y, según supo después por las personas que le rodeaban, el moribundo hizo antes de expirar todos los movimientos que ella había visto en sueños.

A. P.,
Rue des Plantes, Paris.

LVII. — Muchas veces me ha ocurrido observar una coincidencia notable entre mis sueños y los sucesos ocurridos en el mismo momento.

Citaré como ejemplo el último que es el que tengo más presente.

Durante toda una noche soñé con una religiosa, á la que tuve en otro tiempo como institutriz.

La veía muy enferma y esto me angustiaba y trataba en vano de aliviarla.

Por la mañana supe que las hermanas de la escuela comunal habían ido á Mirecourt para asistir á las exequias de una de sus compañeras, y aún bajo la impresión de ese sueño) dije en seguida : « Sor San José... »

Y en efecto, era ella.

Nadie me había hablado de ella, sin embargo, é ignoraba que estuviese enferma.

G. Collin,
Vittel.

LIX. — Habitaba yo en Barbezieux (Charente), y el 13 de junio de 1894 soñé que veía continuamente un empleado de telégrafos con un telegrama en la mano. En todo el día siguiente esa misma visión me acompañó, á pesar de mis ocupaciones.

Durante siete días y siete noches consecutivas aquella pesadilla me dominó hasta tal punto, que el día 20 por la mañana llegó á ponerme verdaderamente enfermo. A las doce desapareció mi malestar, con gran contento mío, pero á las tres de la tarde me trajeron la noticia de la muerte de mi padre, de un ataque de apoplejía, en Castillon-sur-Dordogne, á las doce, hora en la cual me sentí aliviado.

Entonces vi delante de mí al empleado de telégrafos, tal como me le había presentado mi imaginación.

Ignoraba yo enteramente que mi padre estuviese enfermo y estábamos separados por una distancia de cien kilómetros.

Ulysse Lacoste,
Cours Saint-Louis, 48, Bordeaux.

LX. — Tengo buena salud y unos nervios muy sólidos. El 20 de abril de 1894 murió mi madre, Olga Nikadlevna Arbousova, á las siete y media de la mañana, teniendo 58 años. La víspera de su muerte, en Pascuas, fuí á ver á unos amigos que viven á 15 *verstes* de mi propiedad. Ordinariamente pasaba con ellos la noche, pero aquella vez no quise quedarme, por no sé qué presentimiento, y durante todo el camino de vuelta no me encontré en mi estado habitual. Al llegar vi á mi madre jugando á las cartas con un caballero y me tranquilicé. Me fuí á la cama y por la mañana me desperté, con un escalofrío en todo el cuerpo, de

un sueño horrible, y miré la hora : eran las siete y media. Había visto á mi madre aproximarse á mi cama y abrazarme diciendo : « *Adiós, me muero.* » Aquellas palabras me despertaron completamente.

No pude volverme á dormir, y diez minutos después sentí que todos corrían por la casa y una doncella entró y me dijo : « ¡Señor! ¡La señora se ha muerto! »

Según lo que contaron los criados, mi madre se había levantado á las siete y había ido á abrazar á su nieta y vuelto después á su cuarto para leer las oraciones de la mañana. En seguida se puso de rodillas ante una imagen y se murió de repente, de un aneurisma, á las siete y media de la mañana, en el momento de mi sueño.

ALEXIS ARBONSOFF,
Pskoff, Rusia.

LXI. — En 1881 abandoné la Francia para ir á Sumatra á reunirme con unos amigos. En Francia se quedaron mi madre, de salud poco sólida sin ser alarmante, y una hermana de 20 años, atacada de una enfermedad incurable y cuya salud exigía un viaje anual á las aguas del Mont-Doré. Todos los años recibía yo la noticia de su viaje á esas aguas.

En 1884, en la noche del 3 de agosto, soñé que recibía una carta de mi hermana diciéndome que nuestra madre había muerto de repente en los Pirineos.

Me desperté muy extrañado por aquel sueño y se lo conté á dos europeos que vivían, el uno conmigo y el otro cerca de mí. El recuerdo del sueño me persiguió sin descanso hasta convertirse en una verdadera obsesión, que me hacía desear y temer al mismo tiempo la llegada del correo. Por fin recibí una carta de mi hermana diciéndome que el médico la había enviado á Luchon y que mi madre, atacada de un enfriamiento, se había salvado por milagro gracias á la enérgica intervención del doctor, el cual declaró, en la

noche del 3 de agosto, que si mi madre vivía aún el día siguiente, podría responder de ella, pero no antes.

Mi sueño no fué, pues, exacto en cuanto á la muerte de mi madre, pero tiene de notable :

1°. Que el sueño señalaba un peligro de mi madre y no de mi hermana, cuya salud me preocupaba mucho más.

2°. Que el sueño me presentaba un balneario diferente de aquel al que iban de ordinario, lo que resultó exacto.

3°. Que si el sueño no fué exacto en cuanto á la muerte misma de mi madre, existió el peligro inminente y mi sueño coincidió con esa inminencia, como pude comprobarlo por los datos que después pedí á mi hermana.

¿No es extraño, por último, que un sueño preocupe al espíritu hasta el punto de tenerlo presente después de quince años? He hecho esta relación sin el auxilio de nota alguna, siendo así que todo el mundo conviene en que los sueños se los lleva el viento.

J. BOUCHARD,
Mocara Enim, Palembang (Sumatra).

LXII. — El 16 de junio de 1870 estaba yo profundamente dormido, cuando sentí que alguien me tocaba en la espalda. Me volví y vi á mi hermana, de 15 años, sentada en la cama. « *Adiós, Nadia* », me dijo, y desapareció.

Poco después supe que había muerto el mismo día y á la misma hora de mi sueño.

H. N. UBANENKO,
Moscou.

He aquí una serie de sueños relativos á manifestaciones de moribundos que nos parece que deben ser clasificadas en la misma categoría que los casos de telepatía consignados en el capítulo III de nuestro primer tomo.

Esos casos indican una acción psíquica del moribundo

sobre el espíritu del que duerme, ó, en todo caso, corrientes psíquicas entre los seres. Pero no he creído deberlos incluir entre los casos observados en el estado de vigilia, porque los sueños son innumerables y debidos con frecuencia á preocupaciones, y en ellos las circunstancias fortuitas no pueden ser eliminadas por el cálculo de probabilidades como en los hechos observados en la plenitud de la razón.

No es por eso menos cierto que gran número de esos sueños prueban que existe una relación cierta de causa y efecto entre el espíritu del moribundo y el del durmiente. Algunos tienen una precisión de detalles absolutamente convincentes, como los casos VIII, IX, XI, XVII, XX, XXVI, XLVII, LVI, etc.

En el momento mismo en que estoy escribiendo estas páginas, M. Daniel Beylard, arquitecto, alumno distinguido de la Escuela de Bellas Artes é hijo del conocido escultor de ese nombre, me trae el relato siguiente. La impresión telepática no ha sido sentida en sueños, sino en un estado mental que ofrece cierta analogía con el sueño; el estado de debilidad intelectual, parecido al de la infancia, que se observa en las personas extremadamente ancianas.

LXIII. — Mis dos abuelas vivían juntas en Burdeos hacía muchos años. Una de ellas tenía ochenta años; la otra, mi abuela paterna, tenía ochenta y siete y no gozaba ya de sus facultades intelectuales. Hacía dos años, sobre todo, que había perdido la memoria hasta el punto de que no recordaba el nombre de los objetos más usuales y no nos conocía.

El 19 de octubre último, según costumbre, mi abuela pasó

la mañana en su habitación y la criada que la cuidaba vió que estaba muy ocupada en cortar cartones y en arreglarse el cabello. Satisfecha por aquella tranquilidad, la dejó hacer hasta la hora del almuerzo. Al sentarse á la mesa, se observó que mi abuela se había puesto entre el pelo, por medio de hilos y de horquillas, una fotografía de su sobrino único, que vivía en Madrid. Nos reimos al principio y quisimos quitárselo, pero se opuso fuertemente y llegó hasta llorar cuando se hizo ademán de emplear la fuerza.

La dejamos, pues, tranquila, y á las cuatro de la tarde del mismo día recibimos un telegrama de Madrid participándonos la muerte de aquel sobrino, ocurrida por la mañana. La noticia nos sorprendió porque nadie sabía en Burdeos que estuviese enfermo.

Debo añadir que mi abuela había educado á aquel sobrino desde la edad de cinco años y que ambos se querían mucho.

He aquí, querido maestro, los hechos tal como ocurrieron en mi presencia y como los pueden certificar mi abuela materna, mis padres y la criada.

DANIEL BEYLARD,
Rue Denfert-Rochereau, 77, París.

He rogado al narrador de este interesante caso de telepatía que rogase á los testigos que le certificasen y que firmase él también, y se han apresurado á complacerme.

Aunque todos estos testimonios sean tan numerosos como irrecusables, añadiremos algunos más. Es preciso que no quede ni un motivo de duda.

El general Serrano murió en 1892, y su viuda ha escrito la siguiente relación de un curioso incidente relativo á esa muerte.

LXIV. — Hacía doce largos meses que una enfermedad

muy grave ¡ay! puesto que debía arrebatármele, minaba vida de mi marido. Su sobrino, el general López Domínguez, viendo que su fin se aproximaba á grandes pasos, fué á visitar al presidente del consejo de ministros, señor Cánovas, para obtener que Serrano fuese enterrado, como otros generales, en una iglesia.

El rey, entonces en el Pardo, negó la petición del general López Domínguez, pero prometió, sin embargo, prolongar su estancia en aquel sitio real, á fin de que su presencia en Madrid no impidiese que fueran tributados al general Serrano los honores militares debidos á su rango y á la alta posición que ocupaba en el ejército.

Los sufrimientos del general aumentaban de día en día; no podía acostarse y permanecía constantemente en una butaca. Una mañana, al rayar el alba, mi marido, que estaba enteramente paralítico por el uso de la morfina y no podía dar un solo paso sin la ayuda de varias personas, se levantó de repente, solo, recto y firme, y con voz más sonora que nunca la tuvo, exclamó en el silencio de la noche :

« ¡Pronto! Que un ayudante monte á caballo y corra al Pardo. ¡El rey ha muerto! »

Volvió á caer aniquilado en el sillón, y creyendo todos que deliraba, nos apresuramos á darle un calmante.

Se quedó traspuesto, pero unos minutos después se levantó de nuevo y dijo con voz débil, casi sepulcral :

« ¡Mi uniforme, mi espada : el rey ha muerto! »

Aquel fué su último destello de vida. Después de haber recibido los últimos sacramentos y la bendición del papa, expiró. Alfonso XII, murió sin esos consuelos.

Aquella repentina visión de la muerte del rey por un moribundo era verdadera. Por la mañana todo Madrid supo con estupor la muerte de Alfonso XII, que estaba casi solo en el Pardo.

El cuerpo del rey fué trasladado á Madrid y por esta circunstancia Serrano no pudo recibir el homenaje prometido, pues se sabe que estando el rey en el palacio de

Madrid, aun muerto, los honoros son solamente para él.

¿Fué el rey mismo el que se apareció á Serrano? El Pardo está lejos; todo dormía en Madrid y nadie, excepto mi marido, sabía nada. ¿Cómo supo la noticia?

He aquí un asunto de meditación.

CONDESA DE SERRANO, DUQUESA DE LA TORRE.

M. G. J. Romanes, miembro de la Sociedad real de Londres, ha consignado el hecho siguiente, que le comunicó uno de sus amigos :

LXV. — Durante la noche del 26 de octubre de 1872 me sentí de repente molesto y me fuí á acostar á eso de las nueve y media, una hora antes que lo acostumbrado. Casi en seguida me dormí y tuve un sueño tan intenso y que me hizo tanta impresión, que hablé de él á mi mujer al despertarme, pues temía que me anunciase alguna desgracia.

Creí estar leyendo en el salón al lado de una mesa y que de repente aparecía una anciana sentada al otro lado. Aquella señora no habló ni hizo movimiento alguno, pero me miraba con fijeza y yo la miré lo mismo durante veinte minutos lo menos. Su aspecto me chocó mucho. Tenía el pelo blanco, las cejas negras y una mirada muy penetrante. No la conocí y pensé que era una extraña. De pronto me volví hacia la puerta, que se abrió, y vi que entraba mi tía, la cual, viendo á la anciana, exclamó muy sorprendida y en tono de reproche : « Pero, John, ¿no sabes quién es? » y sin dejarme contestar añadió : « Es tu abuela ».

En este momento el espíritu que había venido á visitarme se levantó de su silla y desapareció, al mismo tiempo que yo me despertaba. Mi impresión fué tan grande, que anoté aquel sueño extraño, persuadido de que era un presagio de malas noticias. No las tuve, sin embargo, en unos días, pero una tarde recibí una carta de mi padre diciéndome que mi

abuela había muerto en la noche misma de mi sueño y á la misma hora, 10 y media.

El doctor Oscar Giacchi ha publicado en los *Annales des sciences psychiques* los tres casos siguientes :

LXVI. — 1er caso (personal). En 1853 era yo estudiante en Pisa, tenía diez y ocho años, todo me sonreía y no estaba turbado por cuidado alguno del porvenir.

El 19 de abril, no puedo decir si dormido ó medio dormido, vi á mi padre echado en la cama, pálido, lívido y diciéndome con voz apagada : « Hijo mío, dame el último beso porque voy á dejarte para siempre ». Sentí en la boca el frío contacto de sus labios y recuerdo tan bien aquel triste episodio, que podría repetir con el divino poeta : « *che la memoria il sangue ancor mi scipa* ».

Hacía muy pocos días que había recibido buenas noticias suyas y por esta razón no atribuí gran importancia á aquel fantasma de mi espíritu, pero una inquietud terrible se apoderó de mi alma y por la mañana, resistiendo á mi propia razón y á los consejos de mis amigos, me marché á Florencia, tan abatido como un reo al que se conduce al suplicio. Mi angustia era fundada, pues apenas entré en mi casa, mi madre corrió á mi encuentro y me dijo, desesperada, que la noche anterior, *á la misma hora de mi sueño*, mi padre había muerto de una enfermedad del corazón.

2º. caso (en mi clientela). — Tengo, hace más de tres años, en mi casa de locos, una vieja, atacada de delirio senil, que le deja, sin embargo, largos períodos de calma, durante los cuales se puede creer en sus afirmaciones. Es una pobre viuda que, cuando estaba libre, era socorrida por el cura de san Juan de Racconigi. El 17 de noviembre de 1892, aquella mujer, que en sus épocas de calma, pasaba las noches en un sueño, empezó á media noche á gritar, á desesperarse y á asegurar á las religiosas, que trataban de calmarla, que había visto al capellán caerse al suelo, arrojar por la boca una espuma sanguinolenta y morir pocos momentos después. El informe del médico de guardia refirió ese episodio de la noche y al mismo tiempo se supo que el cura de San Juan había muerto, en efecto, de una apoplejía fulminante *á la misma hora* del sueño de la vieja.

3er. caso (*idem*). Un tal G. C..., de Gottasecca, término de Monesillio, estaba hacía dos meses en una casa de Salud. Su estado se había mejorado y todo hacía esperar su curación con esa rapidez característica de las enfermedades mentales que no tienen antecedentes de herencia ni marcha degenerante. Su salud física era perfecta, aunque presentase síntomas de ateromia vascular, pero en la noche del 14 de septiembre de 1892, tuvo una hemorragia cerebral que le mató el día siguiente. El 16 recibí una tarjeta postal de su mujer, pidiéndome con ansia noticias del enfermo y pidiéndome que le respondiera inmediatamente, pues temía una desgracia.

Tal coincidencia de hechos y de fechas no podía serme indiferente y escribí en seguida al eminente doctor Dhiavarino, médico de esa familia, rogándole que buscase la razón de aquella tarjeta postal tan alarmante. El doctor me contestó que había hecho las averiguaciones necesarias y recogido los datos siguientes: «En la noche del 14 y precisamente á la hora en que C... fué atacado de apoplejía, su mujer, de un temperamento muy nervioso y embarazada entonces de siete meses, experimentó un gran malestar moral y se despertó sobresaltada creyendo muerto á su marido. Tal fué su emoción, que despertó á su padre para contarle aquel presentimiento y rogarle que la acompañase en seguida á Racconigi, convencida de que había sucedido una desgracia ».

Estos tres casos me parecen dignos de ser tomados en consideración. Atribuírlos á coincidencias fortuitas, me parecería un escepticismo despreciable y hasta me parece que sería un orgullo vano empeñarse en negar que han podido ser efecto de una ley biológica porque ignoramos esta ley, como ignoramos desgraciadamente tantos otros misterios de la psicología.

La hipótesis de la transmisión misteriosa del cerebro del que sufre ó se encuentra en peligro al de la persona amada es seductora, porque en un momento de peligro supremo ó de espantosa desdicha, el pensamiento puede hacer un esfuerzo poderoso para vencer las distancias. Pero en mis casos 2° y 3° no se puede admitir esta teoría, porque ni el capellán de san Juan ni G. C... atacados los dos por la apoplejía, no pudieron tener fuerza para pensar en los ausentes, y seguramente el cura no quería tanto á aquella vieja para que se dirigiese hacia ella su suprema invocación de moribundo.

Citaré todavía, á propósito de este género de sueños, un caso muy notable observado por M. Frédéric Wingfield, en Belle-Isle-en-Terre (Côtes-du-Nord) y ya publicado en las *Alucinaciones telepáticas* :

LXIX. — Lo que voy á escribir es la relación precisa de lo que pasó, y debo hacer observar á este propósito que no estoy nada dispuesto á creer en lo maravilloso, sino que, por el contrario, he sido acusado con razón de un escepticismo exagerado respecto de las cosas que no puedo explicarme.

En la noche del jueves 25 de Marzo de 1880, me acosté después de haber leído hasta muy tarde, según mi costumbre, y soñé que estando leyendo echado en mi sofá, se me presentó de repente mi hermano Richard Wingfield-Baker, *que se sentó en una silla delante de mi*. Le hablé, pero él inclinó solamente la cabeza, á modo de respuesta, y después se levantó y salió. Al despertarme, me encontré con un pie en el suelo y otro en la cama y haciendo esfuerzos por hablar y pronunciar el nombre de mi hermano. Mi impresión de que mi hermano estaba presente era tan fuerte y tan viva la escena que había soñado, que me levanté y fuí al salón á buscarle. Examiné la silla en que le había visto y me volví á la cama, pero no pude dormir hasta por la mañana. Al

despertarme, mi presentimiento de una desgracia era tan fuerte, que anoté mi aparición en un libro de memorias y añadí esta inscripción : « ¡ No lo quiera Dios ! »

Tres días después, supe la muerte de mi hermano, ocurrida el jueves 25 de marzo, á las ocho y media, á consecuencia de las terribles heridas que se hizo en una caída, estando de caza.

M. Wingfield me envió con esta carta su libro de memorias, en el cual, entre muchas notas de negocios, se lee la siguiente : « Aparición, noche del jueves 25 de marzo 1880. R. B. W. B. ¡ No lo quiera Dios ! »

Á esta nota acompañaba la carta siguiente :

Coat-an-nos, 2 de febrero de 1884.

Mi querido amigo ; no he tenido que hacer ningún esfuerzo de memoria para recordar el hecho de que usted habla, pues conservo de él un recuerdo claro y preciso. Recuerdo perfectamente que el domingo 4 de abril de 1880 llegué á París para pasar unos días y fui á almorzar con usted. Recuerdo también perfectamente que encontré á usted muy impresionado por la noticia de la muerte de un hermano. Recuerdo también, como si hubiera sucedido ayer, que días antes de la triste noticia había usted visto ó creído ver, pero en todo caso muy distintamente, al hermano en cuestión, y que tan convencido estaba usted de que era él, que se levantó y le dirigió la palabra y en aquel momento desapareció como un espectro. Recuerdo que bajo la impresión muy natural que le produjo este suceso, lo escribió usted en un libro de memorias, que me enseñó.

Tampoco me sorprendió lo que me dijo usted entonces, y he conservado de ello un recuerdo tan vivo, porque tengo en mi familia hechos semejantes en los que creo absolutamente.

Estos hechos suceden, créalo usted, con más frecuencia de